

DISCURSO DE DON JUVENAL HERNANDEZ

Señor Presidente, señores decanos, señores profesores:

Un sentimiento extraño, cuya definición os entrego, señores, domina en esta solemnísimas ocasión mi espíritu, al recordar que hace veinticinco años, en un sitio como éste, algunos ilustres precursores anunciaban en un acto de audacia memorable el advenimiento de la Universidad de Concepción.

Fué aquel un gesto heroico y temerario que la historia de la cultura chilena ha de valorar como corresponde. Escuela alguna en el mundo ha nacido—tal vez—en una cuna más humilde y desamparada. Pero la Universidad existe, y su fuerza inicial y futura puede medirse por la magnitud de los obstáculos y dificultades que obstruyeron sus primeros pasos.

Ya antes de 1919 existía en Concepción un ambiente universitario. La serenidad apacible de la bella metrópoli sureña, propensa al recogimiento y al estudio, había concentrado en su seno a un grupo de profesores e intelectuales sobresalientes, animosos y confiados en su noble tarea, que transformaron los principales centros docentes de la ciudad en talleres de investigaciones útiles y en fuente copiosa de saludables ejemplos de estudio personal y de emulación colectiva.

Por aquellos años se hizo cargo de la dirección del Liceo de Hombres un maestro que había conquistado ya una franca notoriedad por sus publicaciones y su acción educativa a través del país. Tuve la satisfacción de ser su alumno, de profundizar su espíritu y de frecuentar su amistad y uno de los estímulos más fuertes que me han alentado en la lucha y en el trabajo

fué el de su alma generosa y elevada, que veía la nobleza y la sinceridad del esfuerzo y lo auxiliaba con su consejo y lo impulsaba con su cálida aprobación; su acento era paternal y profético profundo y sonriente a la vez, como un regazo que cautiva. Era don Enrique Molina. Su enseñanza se dirigía a la inteligencia por el principio y la ley, pero tocaba también al corazón por el desbordamiento afectivo. Por tanto se hizo protagonista del sentimiento común.

Concepción quería tener una Universidad y había encontrado al hombre capaz de ponerse al frente de esta justa aspiración. A su lado laboraron infatigablemente Augusto Rivera, Julio Parada Benavente, Virginio Gómez, Alberto Coddou, Esteban Iturra, Luis David Cruz y muchos otros nombres que merecen la gratitud de la Universidad. Algunos de ellos trabajan todavía en sus actividades directivas o en sus aulas.

La idea seguía corriendo tenaz y avasalladora, no era, pues, ni una aventura, ni una simple novedad, ni un pedestal de honor para sus propulsores, la fundación de esta Universidad, sino una imperiosa exigencia del medio. Con esta convicción no asomó un solo obstáculo que no fuese vencido, ni tentativa ni acechanza que la conciencia penquista no frustrara con su aliento y su instinto defensivo.

Los alumnos mismos no pudieron sustraerse a esta agitación de los espíritus. La muchachada del Liceo sacrificó sus vacaciones y se lanzó al sur en jira de arte estudiantil con el propósito de reunir fondos, y los siete mil pesos aportados por ellos constituyeron parte importante del patrimonio inicial de la futura Casa de Estudios. Aquella embajada de juventud del año 1917 iba presidida por el actual Rector de la Universidad de Chile que os habla en estos momentos. Por eso nadie podrá desconocer las emociones que hacen presa de mi alma en estos instantes, y las que se derivan de los sucesos transcurridos desde aquella fecha hasta la presente, unos dolorosos, otros propicios, pero, como ley histórica, generadores de un alumbramiento.

miento feliz. Así como el labrador celebra cantando la parva auspiciosa producto de la simiente que él sembrara con tanto esfuerzo, permitidme, señores, que recordando mis puros anhelos de adolescente, mi modestísimo concurso de hace un cuarto de siglo, me sienta copartícipe con vosotros en el regocijo por la bella y plena madurez del fruto.

Porque la Universidad de Concepción es una esplendorosa realidad que ha respondido exactamente a las esperanzas de los que entonces la soñaron.

Sus Facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales, de Filosofía y Educación, de Medicina, de Física y Matemáticas, de Farmacia y de Odontología, han desplegado un esfuerzo incesante de creaciones sucesivas. Puede decirse que ellas han crecido, florecido y empezado a dar su luz, en el corto espacio de su existencia, por medio de sus ya numerosos egresados que diseminados por todo el país laboran eficazmente por el progreso nacional y afianzan cada día las posibilidades de que nuestra raza pueda asomarse alguna vez a la inmortalidad por los destellos de una cultura auténticamente chilena. Sus institutos de investigación han alcanzado merecido prestigio, y que deben ser la base de los estudios superiores, colaboran con los de la Universidad de Chile en formar el espíritu científico de los jóvenes, enseñando el amor de la naturaleza y de la verdad, el culto de la acción y el hábito de crear por esfuerzo propio; y su irradiación cultural a través de sus organismos de extensión, ayuda a la nuestra en el intento de corregir el pasado y despejar los caminos para la marcha de conquista sobre el porvenir.

Señor Presidente:

Con motivo de cumplir vuestra Universidad veinticinco años de vida, la vieja y austera Casa de Estudios ya centenaria, que tengo el honor de presidir, os presenta, por mi intermedio, su saludo. Felicita a su Consejo Directivo, a sus profesores y a sus alumnos por haber sido capaces en tan corto tiempo de

construir un verdadero espíritu universitario, impulsador de la vida, de la cultura y de las almas. . .

Realizamos este noble acto académico, en un momento en que la institución universitaria pasa en el mundo por mutaciones fundamentales en su concepto y en sus formas orgánicas, ya que, como una consecuencia de la catástrofe que vive el mundo, la sociedad ha perdido todo aspecto contemplativo para convertirse en un inmenso campo de germinaciones y de luchas. Nuestras Universidades han de soportar juntas las alternativas de esta transformación; pero cualquiera que sea la suerte que el destino les depare, juntas han de estar también en el deseo de ser eternamente focos de luz y de calor humano, donde germinen y tomen formas variadas los sentimientos de solidaridad social, en que se funde el único patriotismo verdadero, aquel que no se diluye en palabras, ni se pierde en movimientos o agitaciones estériles, sino que consiste en la virtud de promover grandes inspiraciones del bien de cada individuo y en la colectividad. De este modo podremos esperar la era definitiva de la grandeza moral y política de nuestra patria, en comunidad fraternal y laboriosa con todas las naciones de América y del mundo.